

El Renacido

El despertar fue algo parecido a un tránsito entre sombras. Como si su conciencia emergiese desde el fondo de un pozo insondable, de una negrura densa y absolutamente ajena al mundo que había conocido.

No sintió frío.

No sintió hambre.

No sintió nada.

El resplandor verdoso del quirófano lo envolvió por completo con aquella luz gélida e impersonal.

Parpadeó.

Pero la intensidad persistía, rebotando contra las paredes estériles y contra su propia piel... si es que todavía tenía una.

Trató de moverse.

Sus extremidades respondieron, pero con una lentitud mecánica, torpe y desajustada. Alzó la mano —o lo que quedaba de ella— y observó cómo la luz se reflejaba sobre un entramado de acero pulido.

Un escalofrío recorrió su cuerpo, pero no fue un temblor humano, sino la respuesta de una estructura diseñada para la precisión, no para el miedo.

Fue entonces cuando vio su reflejo en una lámina metálica.

El rostro que le devolvió la mirada era una amalgama de carne y metal. Placas relucientes reemplazaban

fragmentos de su piel. Un armazón protector cubría parte de su cráneo, mientras que unos cables finos, como venas, se entrelazaban por su cuello y sus hombros. Sus ojos... todavía eran los mismos. Aunque algo en ellos se había apagado.

Un aplauso lento rompió aquel doloroso silencio desde la penumbra.

—Bienvenido de vuelta, Andrei Volkov.

La voz sonó calculada, milimétrica. Desde la sombra, una figura emergió con la serenidad propia de quien se sabe dueño del momento.

Era Elvin Traup.

El hombre que dictaba el destino de la Hermandad del Pentáculo. El arquitecto de aquel nuevo mundo, donde lo artificial se abría camino sobre lo humano.

—¿Qué... qué me han hecho? —preguntó Andrei.

Su propia voz lo estremeció. Sonaba hueca, resonaba con un eco metálico, como si emergiera desde las entrañas de una máquina.

Traup se acercó con pasos medidos, deteniéndose frente a él. Su expresión no era la de alguien que contemplaba a una persona, sino a un resultado.

—Te hemos dado un nuevo propósito. La humanidad ya no es carne y hueso. Es código, datos y circuitos. Adaptarse no es una elección... es la única forma de existir.

Hizo una pausa.

Luego, con una satisfacción que no necesitaba ni quería disfrazar continuó:

—Eres el primero de tu clase. ¡El primer Renacido!

Andrei intentó respirar profundamente, pero la sensación era distinta. El aire entraba, pero no sentía la expansión natural de sus pulmones. Había algo más allí.

Algo frío y calculado.

Ya no era solo humano.

Era otra cosa.

Traup salió sin dar más explicaciones, dejando que Andrei tomara conciencia por sí mismo de su nueva condición.

* * *

Los días siguientes fueron una sucesión de pruebas interminables. Lo habían hecho correr hasta que sus piernas mecánicas se convertían en un borrón. Lo habían expuesto a ráfagas de fuego simulado, calibrando sus reflejos hasta convertir cada movimiento en un acto de pura perfección. Lo habían obligado a combatir contra enemigos imposibles, replicando en su mente el instinto de un soldado que nunca debía errar.

Pero su mente no cedió.

—Velocidad de reacción: 0.002 segundos —anunció uno de los científicos, sin poder disimular la admiración en su voz—. Un margen jamás registrado.

Traup lo observaba con aquella expresión habitual en él, la de un escultor insatisfecho con la obra que, sin embargo, no podía dejar de admirar.

—Curioso —murmuró—. Los demás experimentos pierden su humanidad en cuestión de días. Se apagan, como velas consumidas. Pero tú...

Andrei sostuvo su mirada sin moverse un milímetro.

—Yo sigo siendo humano.

El silencio que siguió fue inmediato, incómodo, como una hoja invisible suspendida sobre todos los presentes. En las sombras, los científicos intercambiaron miradas furtivas.

Aquello no estaba en los cálculos.

Los Renacidos no debían recordar nada. No debían conservar rastro de lo que fueron. Y, sin embargo, él recordaba.

Recordaba las calles nevadas de San Petersburgo, el murmullo de los faroles apagándose con el viento helado. La risa de su hermana, la forma en que se acurrucaba bajo su abrigo en las noches frías, pidiéndole que le contara una historia antes de dormir. La calidez de una vida que ahora le parecía tan ajena como inalcanzable.

Ellos querían un arma. Querían convertirlo en un engranaje más. Pero él seguía ahí, luchando contra la prisión de su propio cuerpo.

Y eso lo convertía en un error.

Traup no desvió la mirada.

—Desactiven las restricciones.

La orden recorrió la sala como un disparo. Las luces parpadearon en rojo. Un torrente de impulsos eléctricos recorrió la médula sintética de Andrei, buscando anular cualquier resistencia. No era un refuerzo de sus capacidades. Era un borrado absoluto. Un intento de arrancarle lo que le quedaba de humanidad. Una humanidad que a Andrei se le antojaba inexistente, pero que para Traup era excesiva.

Pero no lo entendían. No habían logrado extinguir su alma.

Y probablemente, a su pesar, jamás lo harían.

* * *

Las luces del pasillo centelleaban con un parpadeo irregular. Andrei caminaba en silencio, escoltado por dos guardias sin rostro.

No le dieron explicaciones.

No las necesitaban.

La orden había sido clara: debía ver algo.

Atravesaron un umbral sellado con códigos de seguridad que solo los altos mandos de la Hermandad podían autorizar. Al otro lado, la temperatura descendió varios grados. El aire, antes aséptico, olía a metal

quemado, a fluidos médicos y a carne corrompida por la ciencia.

Aquel laboratorio era un santuario dedicado a la mismísima aberración.

Cápsulas de vidrio alineadas como urnas funerarias contenían cuerpos inertes, fragmentos humanos atrapados en el umbral de lo que una vez fueron. Algunos flotaban en un líquido viscoso, con cables insertados en sus columnas vertebrales. Otros yacían en camillas con la piel abierta para mostrar las conexiones de acero y polímero injertadas en su interior. Respiraban, pero no vivían.

Y entonces la vio.

La niña estaba en el centro de la sala, suspendida en una cápsula de contención. No debía tener más de diez años. Su cabeza rapada dejaba ver unas placas metálicas incrustadas en el cráneo. Su pequeño cuerpo estaba cubierto de heridas mal cerradas, conectores invasivos y tubos que goteaban un fluido de un color ámbar. Sus ojos, grandes y oscuros, miraban a través del vidrio con una expresión que no correspondía a su edad.

No suplicaba.

No lloraba.

Solo observaba.

Andrei sintió que algo dentro de él se quebraba por completo.

—¿Qué es esto? —dijo con voz áspera, impregnada de una furia que apenas pudo contener.

La voz de Traup resonó detrás de él con una calma insoportable.

—El siguiente paso de la evolución.

Andrei giró la cabeza lentamente, con la mandíbula tensa.

—¿Evolución?

Traup avanzó con paso elegante, sin apartar la mirada de la niña en la cápsula.

—Más joven. Más adaptable. Sin los errores de tu prototipo. Se llama Sofía.

El peso de aquellas palabras se estrelló contra Andrei con la fuerza de un golpe seco.

Y entonces lo entendió todo.

Él no había sido creado para ser un pionero. Era un modelo de prueba. Un experimento preliminar. Un diseño fallido.

Y la niña...

Ella era la verdadera creación.

Sus manos de acero se cerraron con fuerza. La Hermandad no fabricaba soldados ni protectores.

Fabricaba monstruos.

Jugaban con la carne y el metal, moldeando vidas sin importar el sufrimiento. Y si él no hacía algo, aquella niña perdería su humanidad antes de siquiera haberla comprendido.

* * *

Aquella noche, Andrei tomó una decisión.

Cuando los guardias entraron en su celda, él ya estaba preparado. Sus movimientos fueron precisos, letales, diseñados por la ingeniería que lo había convertido en algo más que humano. No hubo resistencia real, tan solo cuerpos desplomándose en el suelo metálico mientras Andrei avanzaba con la determinación de un hombre que había recuperado su propósito.

Los pasillos estaban en penumbra, tan solo iluminados por las luces de emergencia. Los sistemas de seguridad, diseñados para contener amenazas externas, no estaban programados para lidiar con un enemigo que ellos mismos habían creado.

Llegó a la sala.

Con un solo golpe, sus dedos de metal atravesaron la estructura translúcida, y la cápsula estalló en fragmentos, liberando un torrente de líquido que se derramó por el suelo. Aquella escena, aunque grotesca, se le presto a Andrei como algo parecido a un parto. Como una nueva llegada a la vida.

La niña cayó de rodillas, temblando, con la piel cubierta de sensores arrancados. Durante un instante, lo miró con miedo, sin saber si la mano que la liberaba sería la misma que acabaría con ella.

Luego, cuando él extendió el brazo para ayudarla a ponerse de pie, vio algo distinto en sus ojos.

Esperanza.

—¿Quién eres? —susurró con un hilo de voz.

Andrei la sostuvo con cuidado, sintiendo el calor de su piel contra el frío de su propia carne metálica.

—Alguien que alguna vez fue humano.

La alarma rugió en todo el complejo. En la sala de control, Traup observaba las pantallas con la mirada de un científico ante un experimento inesperadamente revelador. No había frustración en su rostro. Solo una extraña admiración.

—Fascinante —murmuró para sí mismo—. El primer ciborg de la historia que prefiere morir como un hombre.

Andrei no tenía tiempo para pensar en lo que dejaba atrás. Sus sentidos mejorados registraban cada movimiento, cada disparo que cortaba el aire.

No era invencible, lo sabía. Su piel de metal podía resistir las balas, pero su carne aún conocía el dolor. No había sido diseñado para escapar, pero tampoco había sido diseñado para sentir. Y, sin embargo, ahí estaba: corriendo, derribando puertas, protegiendo con su propio cuerpo a una niña que se aferraba a su espalda sabiendo que su vida dependía de él.

Llegaron a la superficie y un estallido de luz y polvo les envolvió de forma abrupta.

El aire de la madrugada era frío, limpio, libre de los olores a desinfectante y aceite quemado. Sofía, aún aturdida, se quedó inmóvil al ver el cielo teñido de púrpura y oro.

Tal vez nunca antes había visto el sol.

Tal vez nunca había sentido el viento sobre su piel sin que estuviera filtrado por las máquinas que la mantenían cautiva.

Andrei miró sus propias manos. Los reflejos plateados en su piel artificial. La forma en que la luz del amanecer se deslizaba sobre su cuerpo reconstruido. Ya no era el hombre que había sido, pero tampoco era la máquina que otros querían que fuera. Algo en su interior, algo que se negaba a ser destruido, seguía vivo.

—Nos iremos lejos —dijo—. Donde nadie nos encuentre.

Sofía alzó la vista hacia él y asintió con una sonrisa tímida, una sonrisa demasiado pura para un mundo tan artificial como aquel.

—Te llamaré «hermano de hierro» —susurró la pequeña, como si estuviera nombrando algo sagrado.

Andrei cerró los ojos un instante.

Su cuerpo ya no le pertenecía del todo.

Pero su alma, sí.

Había sido el primero de su clase, el primer Renacido, el error de diseño. Sin embargo, al final, había logrado lo que ni la ciencia ni el poder pudieron prever.

No se había convertido en un arma.
Se había convertido en una esperanza.